



Las 24 hs. de Elena



Patricia Bence Castilla



LAS 24 HS DE ELENA

(NOVELA)

PATRICIA BENCE CASTILLA

LAS 24 HS DE ELENA

PREMIO

CERTAMEN DE NOVELA 2010

SUBSECRETARÍA DE CULTURA

“MUNICIPALIDAD DE GENERAL SAN MARTÍN”

INTENDENCIA: DR RICARDO IVOSKUS

SUBSECRETARIA: SRA SILVIA GOROSTIAGA

COLECCIÓN TORRE DE BABEL

ediciones ruinas circulares

Bence Castilla, Patricia

Las 24 hs. de Elena / Patricia Bence Castilla ; edición literaria a cargo de Patricia Bence Castilla. - 1a ed. - Buenos Aires : Ruinas Circulares, 2011. 168 p. ; 20x14 cm. - (Torre de Babel)

ISBN 978-987-1610-44-0

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Bence Castilla, Patricia, ed. lit. II. Título

CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723
NOVIEMBRE 2011

Diseño de tapa: *Imprenta Bengraf*
Cuadro de tapa: Georges de la Tour

contacto con el autor: bence.castilla@gmail.com

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

*(...) El principio probablemente del alcohólico,
está centrado en su mente, más que en su cuerpo.
“Como lo ve Bill” (*)*

(*) de la Literatura de Alcohólicos Anónimos

Qué sucede, Elena. ¿Lo sabés? Un día cualquiera, para vos, el reloj comienza a girar en contra de su eje. Te sentís enferma, como antes de haberla conocido, en ese tiempo en el que estabas sumergida en el reverso de una botella de alcohol que mantenías siempre a mano, cuando vivías desahuciada, en el sentido más literal. Desahuciada, como ahora, como hoy, como antes. Sentís pánico por lo que tenés que enfrentar, por el temor a verte involucrada. Buscás encontrar una salida, volver a tu rutina, apostar otra vez a tu recuperación, no volver tomar ni una sola gota más. Estás confundida. Hubieses jurado que ayer tenías en tu poder las llaves del departamento vecino, pero, ahora, no podrías afirmarlo. No vas a volver a entrar. Sabés que un cadáver resbala su cuerpo contra el límite de la medianera.

Sabés que Luisa, está muerta.

Vas a la cama. Los ojos fijos. Abiertos. Un temblor en la garganta. Un techo que se achica y baja hasta tocarte las cejas, el límite de las pestañas. Sentís la cabeza separada del tronco. Escindida. La ves separada del resto del cuerpo rodando contra los pies de la cama deshecha. Tenés los pies fuera de las sábanas.

Sentís frío. Buscás cubrirte. No atinás a moverte. El cuerpo no responde. El estómago ruge sobre las gotas del último trago. La resaca. Tenés ganas de vomitar. Ves por la ventana un perfil de sombras. Amanece. Buenos Aires como siempre, amanece turbia, con menos *smog* que en los días de semana, pero con una neblina, sucia, cenicienta. Esa luz te molesta, te quiebra los ojos. Los cerrás. Sentís que se sumergen en alcohol. Tu confusión continúa. Deberías llamar a tus padrinos: a Gervasio y a Silvia. Sabés que ellos, apenas los llames, vendrán, aunque vos no sabés bien, qué deberías decirles. Imaginás:

Lo que diría Gervasio o Silvia, apenas llegaran y lo que deberías responder:

—Yo la vi muy bien el último día. Es decir, ayer la vi por última vez. Sé que ustedes la hubiesen ayudado si ella les hubiese dado la oportunidad —imaginaste que lo dirías entre hipos, entre un chisporroteo del café que saltaría sobre la hornalla. Buscarías qué tomar para detener tu ansiedad. Buscarías, de cualquier modo, aliviar la angustia. Llorarías. No, no llorarías. Tus ojos estarían secos, sin embargo tal vez tuvieras lágrimas en las manos, sobre las palmas que sentirías sucias. Imaginaste que las cerrarías en un impulso y en otro, te acercarías a la pileta y te las lavarías compulsivamente y que, de inmediato deberías sortear, una suerte de preguntas y respuestas sin preámbulos para demostrarles a todos y a cada uno, que tus manos, en verdad, estaban limpias.

—¿Pero vos no tenés una llave de tu propio departamento? Seguro que debés de tener otro juego— imaginaste que diría Gervasio cuando vos les recordaras que el departamento donde vivía Luisa, apenas una pared de por medio, te pertenecía.

—¿Buscaste en algún bolsillo? ¿Qué ropa tenías puesta?

—No las encuentro en ninguna parte. Son los nervios. Ayer las tenía— imaginaste que contestarías con aplomo.

Imaginaste que cualquier cosa que dijeras con cierta

convicción habría de conformarlos; que creías haberlas perdido, que tu confusión por lo sucedido durante la noche no te dejaba pensar; que esa relación que mantenía Luisa con Julián no te conformaba, no le hacía bien, sobre todo a ella, a Luisa, tu ahijada; que ser madrina de una persona recién ingresada al grupo, era toda una responsabilidad; que no te era posible recordar detalles con mayor precisión, que no te exigieran más de lo que podías dar.

Imaginaste que alguno de ellos te alcanzaría los zapatos, porque aún estarías descalza. Que volverías a percibir el miedo, porque estarían manchados y que, avergonzada, te los pondrías para ocultar los pies salpicados con el vómito de la noche. Imaginaste que Gervasio insistiría, que su profesión de abogado haría que te cuestionara, y te alentaría a que les relataras cada cosa que recordaras de la noche anterior. Que te alentaría a llamar al servicio médico; a llamar a la policía. ¡Policía! No lo habías pensado. ¿O sí? ¿Por eso tu miedo?

—No me pidió ayuda. Ella nunca pedía ayuda. Ustedes lo saben. Sólo en los últimos meses en que realmente comenzó su recuperación, allí sí, antes... Recuerdan, ustedes mismos la vieron, en el último tiempo, mucho mejor, ¿o no?— imaginás que es lo que le dirías para reafirmarles que ella no había hecho lo debido, para mostrar sus trapos sucios, su lado oscuro.

—De todos modos, nadie hubiese podido hacer nada. Ya ven, yo tampoco pude. Pensar que el último tiempo vivimos puerta de por medio. La tenía tan cerca. No sé qué hacer. La familia no está. Sólo los tengo a ustedes. No encuentro la llave. Por momentos no sé si se trata de una pesadilla. Estoy segura de lo que vi anoche, sí lo estoy— Sí, así, Elena, éste sería un buen diálogo para mantener con tus padrinos, para tenerlos a tu favor. Imaginaste que llevarías la conversación hacia un limbo, hacia un lugar donde nada fuera sustentable, donde nada se podría reafirmar o rechazar.

—¿Qué viste? ¿Estaba muerta?— en tu imaginación sabés que ellos insistirían, querrían saber más, tendrías que ver qué les contestarías. Lo mejor sería decirles:

—Sí.

—Cómo lo sabés.

—No respiraba. No tenía pulso. Eso creo.

—Cómo que eso creo. Decime la verdad, Elena, tenés una cara que va más allá de lo que viste: ¿vos tomaste algo anoche?— Esta era la pregunta clave, la que deberías eludir o enfrentar, en ese momento, cuando tuvieras que responder.

Moverías negativamente la cabeza, pero no contestarías, harías gestos, silencio, porque imaginaste que, el miedo de saber que la trampa se cernía sobre tu cuello te provocaría pánico, como ese pánico que te agarraba de niña en ese dormitorio a oscuras. Tus dos años de sobriedad habían llegado a su fin, de golpe, habías dado de narices contra el piso.

Dirías: “Me duele la cabeza”, ellos entenderían.

—¿Chupaste?, decime la verdad, ¿lo hiciste?

—No, sólo tuve un impulso, pero no lo hice.

Te mirarían, no a los ojos, a la boca. Como si el pecado se te estuviera evaporando entre las encías. No te reprocharían nada, como buenos Alcohólicos Anónimos, no lo harían.

—¿Ella, Luisa, sí?

—No. Tampoco. Ella estaba haciendo las cosas bien. Ustedes saben que dejó de tomar hace unos meses,—imaginaste que contestarías—. No, yo no la vi chupar, si lo hacía a escondidas, no lo sé, pero no lo creo, creo que me hubiese dado cuenta— dirías mirando el piso como buscando donde apoyarte, para no volver a caer de nuevo.

—Bueno, Gervasio, acordate— seguramente te diría Silvia, que siempre sentía que debía acotar algo que la pusiera en el centro de la escena—, los últimos meses venía más seguido. Parecía que tenía muchas ganas de vivir, de ocuparse del hijo,

de trabajar; de rehacer su vida, parecía tan sincera, tan buena, no sé, me parece raro que justamente ahora...

—Creo que ella no terminó de salir del pozo —comentaría como dando por sentado que tu conocimiento sobre el proceder de ella, no entraba en discusión—, mantenía una lucha interna, un desequilibrio que tal vez no manifestaba en el grupo, pero, al menos, me lo parece, ella tenía muchas cosas sin resolver.

—Bueno, es lógico, el proceso de recuperación es muy lento.

—Sí, ya sé, “no chupés y volvé mañana” —contestaría con esa muletilla que esgrimirías como en los mejores tiempos.

—Y sí, es así, qué te sorprende, uno se va renovando cada veinticuatro horas. Sabés que así muchos nos hemos salvado del infierno. Decime, Elena, ¿no notaste nada raro en ella los últimos días?, digo, como para darnos una idea de lo que puede haber pasado por su cabeza.

Imaginaste que éste sería éste el momento en el que entrarías de lleno en el diálogo y dirías:

—No. Al menos a mí me pareció que estaba pasando un buen momento, es una opinión, puedo equivocarme por qué no, son tantos los que cantan sus veinticuatro horas “bien”, y resulta que vienen de pasar un tiempo de pesadilla. Gervasio, ¿vos acaso no la viste de buen ánimo? No me lo comentaste en la última reunión— sabías que en el imaginario saldrían hechos y palabras que ellos mismos te habían brindado en el sinfín de conversaciones mantenidas durante los dos últimos años.

—Sí, me pareció verla muy animada, con proyectos, alejándose cada vez más de esos momentos en los que no podía salir ¿te acordás? Pobrecita, cómo debe haber sufrido, cuánto tardó en volver; si al menos hubiese participado más en las reuniones, se hubiese sentido más contenida, no hubiese pasado por todas las cosas que pasó. Bueno, aunque vos, Elena, la ayudaste un montón, no te sientas culpable.

—No creo que fuera así— Imaginaste que esto es lo que

darías como toda respuesta, porque algo así podría suceder; debías prepararte, cuidarte, no hablar más de lo debido, aunque los hechos, en tu cabeza se superpusieran, sumaran y restaran como un alumno que siente malestar de estómago y no puede asociar cuál es la suma correcta—. Ella no estaba del todo bien. Lo sé—nuevamente, la conversación la dirigirías hacia el lado que te fuera más favorable:

—Bueno, quién mejor que vos para saber de su trasfondo, de su lado oscuro. Yo estaba convencido de que saldría pronto, pero bueno, uno tantas veces se equivoca.

Imaginaste que verías girar las sombras. Verías a Silvia y a Gervasio hacer ronda sobre tu propia inseguridad, sobre tu propio temblor: el de la voz, el de la garganta, el de tu pulso, los harías girar por el ángulo de la conversación que más te conviniera, porque en algún momento alguien, seguramente te haría preguntas concretas y deberías saber cómo, de qué manera responder:

—Decime, Elena, anoche ¿tomaron juntas?

—No, ninguna de las dos, pero ya lo dije, tuve un impulso, pude detenerme.

—¿Las dos estaban solas?

—Qué importa.

—Sí importa. Te das cuenta que esto te involucra de algún modo.

—Por qué, yo me vine a casa— aunque, aquí te detendrían un momento como tratando de hilvanar algún pensamiento errático y armar una respuesta convincente—. Volví más tarde. La vi tirada. Vine con idea de pedir ayuda. Es decir, creo, no sé, perdonen, estoy tan nerviosa. Bueno y después no sé qué pasó. Creo que me quedé dormida porque tomé una pastillas, no debí haberlas tomado, me hicieron mal, no estoy acostumbrada, de hecho me sentí descompuesta, embotada, me dieron muchas ganas de dormir. Lo que recuerdo bien es que penas un rato antes de que yo volviera, había partido Julián.

Imaginaste qué responderías cuando se te preguntara por tu querida Luisa, o por Julián. ¿Qué dirías? Dirías, no, no sé, no es cierto, no, no me acuerdo. No. Dirías que sí, que todo era cierto, o al menos, que no, que podrías asegurarlo, que tenías momentos en blanco, que supieran comprender. Imaginaste que dirías, también:

—Un rato antes de todo esto, Julián se fue— no, en realidad, nada podías asegurar, (en el terreno de la imaginación todas las cosas eran posibles como para defenderse de todo y de todos). En realidad nunca sabrías si lo mejor sería imaginar que él, Julián, había arrojado la piedra que aceleraría los acontecimientos posteriores: la ausencia, la ruptura, la muerte de Luisa.

Estás todavía en la cama. Te da vueltas. El techo nuevamente se retira después de haberse acercado una y otra vez. La palidez del sol te hace estragos sobre los ojos. Querés levantarte. Tambaleás. Todavía tambaleás. Tenés ganas de lanzar el miedo por la boca. Los pies sobre las baldosas del baño te provocan una sensación desagradable. Te preguntás si Luisa también estará helada. Desechás la idea, como si al desecharla se fuera el dolor, el puñal metido dentro de los ojos, tus ojos, ese dolor producido por el alcohol que no estabas acostumbrada a beber, en los últimos años. La muerte de Luisa vuelve una y otra vez, cruzándose con el dolor, el temblor del pulso, las ganas de vomitar. Recordás, con precisión, el golpe contra la pared, esa misma pared que está muy cerca ahora de tu cabecera. A Luisa tocando el piano. El café humeante sobre la bandeja en el aparador y las botellas y su encendedor y los vasos. El frío. El pulso. La memoria. La ejecución de la última nota que Luisa con maestría, dejaba morir. El golpe. La pared. El ruido.

Necesitás tomar otro trago. Equilibrar el temblor. Las ganas de recuperar tu cabeza, tu cuerpo. Te parás y te sentás como un acto mecánico, empujada por un resorte que no podés detener.

No estás segura, solo creés que Julián había vuelto antes de la medianoche. ¿Acaso no te había enviado un mensaje de texto para avisarte?, ¿o no fue así? No podés recordar bien los hechos, tu memoria siempre ha sido frágil ante la presión, Elenita, esto lo sabés, alguien debe de cargar con esa muerte, con esa ira de todos contra todos de la noche anterior, o creés que esa muerte pasará inadvertida, como esas variedad de copas que tomaste en el día de ayer y que hoy pretendés disimular como si se tratara de un hecho intrascendente.

Te recostás sobre la cama. Como una anciana. Como si necesitaras apoyarte por el temblequeo de las piernas contra la cabecera y reclinar la cabeza muy despacio sobre la almohada, o como si todavía el hecho de haber eliminado la resaca por el inodoro, o ese trago recién robado de la heladera, no hubiesen, todavía, surtido efecto, y el mundo no hubiese dejado de girar a tus pies. Imaginás:

Que seguirías hablando con tus padrinos sin perder el control de las respuestas, como si tuvieras que hilvanar una suerte de acertijo que no requiriera más que de cierta astucia; contestarías con aplomo, era lo único que debías hacer, cuando se refirieran a Julián, esa sombra entre vos y Luisa:

—¿Pero Julián no estuvo anoche?

—Julián tomó un café y después dijo que estaba cansado, que no se sentía bien, eso fue todo.

—A qué hora sucedió todo esto. Porque en algún momento tenés que haber vuelto al departamento de Luisa, para ver lo que viste.

—No me acuerdo con precisión, la hora. Habrá sido pasada la medianoche, ella estaba bien cuando me despedí. Más tarde se me ocurrió volver— estarías poniendo a prueba tu imaginación Elena, entre la vigilia que te asomaría a los ojos, y este cuerpo que

no respondería, imaginaste que lo mejor sería contestar; “no sé”, cuando alguien te preguntara:

—¿Cuánto más tarde?

—No sé.

—Cómo no sé. Es importante. Tratá de recordar.

—Creo que a la media hora. No tenía ganas de irme a dormir. Volví porque ella me había pedido que le llevara una grabación de la “Sinfonía 40” de Mozart, que le gustaba. La busqué y se la llevé. Después me sentí descompuesta, me dio sueño, eso fue todo.

—¿Era normal que después de la medianoche fueras a tocarle el timbre?

—Ella no se acostaba sino hasta la madrugada.

—Bueno, y qué pasó cuando volviste, porque según parece, hay solo media hora entre tu primera despedida y tu siguiente entrada al departamento.

—No, a lo mejor fue un poco más. Tal vez, no sé, una hora. Ella había dejado de tocar el piano. Cuando estaba sola, cuando no se sentía bien, es lo que hacía. Era molesto. Decí que esta casa es antigua, de techos muy altos y paredes gruesas. Tanto los vecinos como yo misma, sentíamos ganas de insultarla cada vez que se ensañaba con el mismo movimiento. A cierta hora de la noche era como un tormento, recibió varias quejas, no le importaba.

—¿Y?

—Y qué.

—Contanos algo más.

—En un momento— imaginaste que aquí, más que nunca pondrías en juego tu creatividad, tu juego, tu delirio, imaginaste que le dirías con total seguridad—:contra la pared del living oí un golpe, un ruido seco. Creí que habría cerrado con rabia la tapa del piano, a veces lo hacía. Llamé por teléfono. No contestó.

—Qué hiciste.

—Agarré la llave y entré.

—¿Y entonces?

—Gervasio, no la presiones así. La interrogás de una manera, por favor, aflojá.

—Mirá, Silvia, ella tiene que tratar de recordar todo lo que pueda, de esto dependerá lo que tengamos que hacer de ahora en más.

—Fue espantoso. Estaba tirada contra la pared. La cara y las manos las tenía ensangrentadas.

—¿Viste algún arma? ¿Alguien que subiera o bajara por el ascensor o pasos por las escaleras? ¿Algo que te llamara la atención?

—Oí algún ruido, de esas puertas que se abren y se cierran. Pero podría haber sido el viento. Sí, creo que fue algo así. Podría haber sido una corriente de aire, ¿por qué no?

—¿Y qué hiciste?

—Primero me tapé la cara. No quería ver. No quería moverme. Tenía la mano derecha extendida. Se la toqué. No tenía pulso. Un lado del cuello estaba limpio de sangre y tampoco daba señales de vida. No respiraba. Estaba muerta. Lo sé. Es decir, creo, que debió estar muerta cuando la vi.

—Cómo, creo ¿No viste nada que pueda ayudar?

—No. Estaba muy nerviosa, por eso me tomé otra pastilla. Sé que hice mal.

—Pero es raro. El ruido...

—Debe haber sido el cuerpo que cayó contra la pared. Estaba con sangre, con la cara contra el piso.

—Decís que quedó boca abajo.

—Sí, pero no sé, creo que estaba así. Debe haber caído sentada y después se inclinó, o debe ser lo que me parece que ocurrió. ¡Dios, estoy tan confundida!

—Cómo para no estarlo. ¿Decime? oíste otra cosa.

—Solo ese ruido seco, como un pequeña detonación.

—¡Un disparo!

—No, creo que un disparo, no. Creo que fue una pequeña

detonación— ¿cómo harías, Elena, qué te imaginarías como para decir cuando te preguntaran algo sobre ese posible ruido?—. Sonó como un estufa cuando acumula gas, o como, un petardo humedecido, flojo, que no hace estruendo cuando se lo enciende. Ah, y unos minutos más tarde ese ruido seco. Claro, también podría haber sido del ascensor. Fue muy raro, no me pareció que arrancaba de nuestro palier; me debe haber parecido; de noche, los ruidos parecen intimidatorios, no sé.

—¿Pero alguien debió estar ahí, entonces?

—En el edificio no somos tantos, pero, bien podría haber sido alguien que justamente estuviera subiendo y no que no estuviera, precisamente, en nuestro piso.

—Por qué subiendo, podría ser bajando.

—Bueno, sí, lo que sea, da lo mismo.

—Si no había nadie en el departamento: entonces ¿se suicidó?

—Pero, acaso, Elena ¿vos la viste mal? ¿Notaste algo?, porque alguien que se suicida y poco antes está tocando el piano, no puede de buenas a primeras, creo yo, pegarse un tiro.

—¿Quién dice que se pegó un tiro?— dirías.

—Bueno, digo, como hablaste de una detonación.

—Si, una pequeña explosión, podría haber sido cualquier cosa; no era el sonido de un disparo, creo— ¿Qué es lo que daría más convicción a los hechos?, ¿qué es lo que imaginaste que deberías decirles, a quién cubriría tu silencio o tu denuncia?—. Lo mejor será no apresurarse, habrá que esperar a que vuelva alguien, como por ejemplo, Palmira, Benjamín, que Julián, al menos que se comuniquen, que se sumen algunas respuestas al vacío que me provoca todo esto, que alguien ate los cabos sueltos que ahora resultan imposibles, porque no se puede, en esta circunstancia, coordinar bien.

—¿La viste mal?

—Estaba nerviosa. No la vi tomar, pero estaba angustiada— ¿mentirías?

—¿Viste un arma?

—En un primer momento no me di cuenta. Después vi uno de esos revólveres de colección, estaba tirado en el piso. Bastante lejos de ella. Es decir, no lo tenía en la mano.

—¿Tenía armas, entonces?

—Sí, pero hasta donde yo sé, no estaban en funcionamiento. Sobre la base del piano tenía algunas armas del abuelo, eran de colección, pero ninguna en uso. Eso al menos decía ella.

—Podría haberse suicidado, Gervasio ¿no crees?

—No sé, si el arma estaba tan lejos...

—Bueno, tan lejos no estaba, dije que no la tenía en la mano. Lo más probable es que si Luisa cayó sobre el piano, el arma se haya caído, por lógica, también al piso.

—No podría haber tropezado. Por qué no, golpearse la cabeza contra algo.

—Podría ser, pero es tan raro. Si ella no tomó. Si, además, estaba tocando el piano. Si Luisa la dejó tranquilamente sin ninguna demostración, más que, a lo mejor, una preocupación...

—Yo no dije que tenía una preocupación puntual. Yo digo que ella siempre estaba un poco angustiada. Decía que nunca se le iba del todo. Hablaba que su último tiempo fue tan doloroso; una vez me dijo que había caído tan bajo, que no sabía cómo podría salir de la vergüenza que le provocaba saberse tan poca cosa.

—Quién más, quién menos, todos hemos pasado por lo mismo.

—Yo sólo te cuento lo que ella me decía.

—Podría haber estado agonizando, qué espanto.

—Le tomé el pulso, estaba muerta, estoy segura.

—A lo mejor era un calibre pequeño y por lo tanto...

—Estaba muerta. Lo sé. No parece haber utilizado el arma, más bien, me parece que se cayó.

—No entiendo como no saliste corriendo a pedir ayuda, no entiendo— imaginaste lo que diría Silvia al aire, como un disparo, certero, contundente, cortando tus palabras, que seguiría tu línea

de pensamiento porque ella te conocía bien.

—Silvia, por favor, justamente nosotros vamos a emitir un juicio sobre la actitud de una compañera cuando entra en pánico, justamente, nosotros, ¡por favor!

—Bueno, si tenés razón, perdonenme, estuve muy desubicada, perdón, perdón.

Estás helada. La ventana está abierta. Se golpea. Te sobresaltás. La cabeza, otra vez, te da vueltas como si el vaso de alcohol que acabás de tomar no pudiera surtir efecto. Tenés miedo. Sentís miedo. Confundís primero el golpe de la ventana con la puerta de calle. Querés actuar. No podés. Querés levantarte. Hacer un esfuerzo. Ir a tomar ese trago que por fin inmovilice el disparador, el descontrol de tu pensamiento y de tu imaginación, para volver a tomar la rienda de tus cosas. Imaginás:

—Sigamos: Elena habla de un arma que se cae, por lo tanto, lo del disparo, no sería una hipótesis que habría que descartar. Digo.

—No, dije que el arma, probablemente, puede haberse caído cuando ella se resbaló. Debe haber chocado contra el piano y deslizado luego por la pared. Sobre el piano estaban las armas, eran de colección, las cuidaba mucho, pero, bueno, no hay que descartar ninguna hipótesis, tenés razón.

—Lo que tenemos que hacer es llamar a la policía.

—Pará, Gervasio, pará, antes deberíamos entrar.

—Vos estás loca. No hay que tocar nada, nos quedaríamos pegados. Además no tenemos llave. Tendríamos que forzar la cerradura. ¡En la que nos meteríamos!

—¿Y si llamamos al portero?

Imaginaste que extraña situación cuando alguien te sugiriera

llamar a la encargada, siempre con esa cara de pocos amigos, qué harías, gritarías, ¿o te quedarías aferrada a la taza humeante de café? Te mirarías los dedos delgados. Vacíos de anillos. Sentirías, una vez más, sucias las manos. Te levantarías. Te las volverías a lavar.

—Lo único razonable será llamar a la policía. No hay otra cosa más por hacer.

—¿No sabés si Julián tendrá algo que ver con esto? Porque ella, seguía con él, ¿no?— seguramente, en algún momento te preguntaría, Silvia, para dejar colgando la pregunta incisiva, imposible de esquivar.

—Últimamente, no quería recibir a nadie, decía que lo que más necesitaba era meditar, volver a compenetrarse con las cosas que más le gustaban: su hijo, la música, su trabajo. Ella estaba convencida de que iba a permanecer por mucho más tiempo sin beber, después de tanto que había padecido.

—¿Y a él, a Julián, lo recibía?

—Creo que lo recibía seguido. No sé con exactitud. No estaba todo el día encima de ella. Lo único que sé es que anoche también estuvo en la casa, estuvimos los tres.

—¿Vos estuviste con ellos?

—Claro, ¿no te lo acabo de decir?

—Sí, Gervasio, ella lo acaba de decir, que Julián fue a tomar un café con ellas.

—Todo esto es raro, pone nervioso a cualquiera. Tenemos que actuar. Hacer algo. Llamar a la policía, insisto, es lo que corresponde.

—¿No habrán tenido una pelea de pareja, de esas típicas donde uno sale dando un portazo y el otro amenaza con suicidarse?

—No sé —imaginaste que con un “no sé”, nuevamente, deberías dar por contestada la pregunta.

Fumás. Estás cansada. Necesitás dormir. Dormir más. Todo el día. No despertar sino hasta muy tarde. Hasta que todo haya

pasado. ¿Qué haya pasado qué? Recordás:

Las permanentes discusiones de la pareja, de los silencios, de esa cama cuyo respaldo linda con un lado de tu casa: de los gemidos, de esas voces entrecortadas que te dejaban un sabor a rabia en la boca, de las amenazas de Julián, cuando Luisa le sugería que fuera a vivir con ella: “antes de volver a sentirme presionado, responsable una vez más, me suicido, debí hacerlo antes, soy un cobarde”, no te es difícil recordar los ruegos de Luisa, reclamándole que no lo hiciera. Sabías que la tarde anterior habían estado discutiendo: escuchaste los gritos, las voces desalentando cualquier reconciliación. Te alegraste. Apenas unas horas más tarde habías ido ofreciéndoles café recién molido. Les contaste que te lo habían regalado, que deseabas compartirlo. Vos sabías que Julián no diría nada, él estaba más allá de todo, quería ser atendido, cuidado, necesitaba de una mujer fuerte a su lado, que lo contuviera, y esa mujer, para vos, no era, precisamente, tu vecina, sin embargo, ella, Luisa, anoche, te recibía satisfecha, contenta por tu visita, dijo no sentirla inoportuna, todo lo contrario, ella confiaba en vos. Vos querías, en cambio, necesitabas estar allí, enfrentándote a los dos, para desenmascarar, para terminar con la farsa. Creías que tu presencia pondría un límite a esa relación disfuncional, así te lo decías. Querías aclaraciones. Creías que había llegado el momento de que cada uno se pusiera en su debido lugar.

¿Qué dirás cuando tus padrinos te interroguen? Vos sabés que tenés que llamarlos, es el camino, el único camino que te queda por delante.

No, todavía te resta la imaginación, Elena. Sí, todavía:

—¿Podrías tratar de ampliar más detalles?

Imaginaste que no estarías segura sobre qué debías decir y qué no.

— ¿Vos estás segura de que se suicidó?

Asistirías con la cabeza, pero luego dirías:

—No sé.

—*Me parece tan raro— imaginaste que contestaría Gervasio.*

—*Bueno, qué sabés, recién en los últimos meses venía un poco más al grupo, antes, andá a saber, quizás arrastrara muchos problemas que no contaba.*

—*En realidad siempre anduvo mal. Nunca hizo lo que debía hacer —denunciarías.*

—*Decí que te tenía a vos, Elena, porque si no, hubiese estado sola como un perro, sin tener con quién hablar.*

—*Pero estaba de novia con Julián, él también podría ser un sostén, una ayuda, su frontera. Más allá de cómo era él, ella lo quería mucho. Bueno, al menos en un principio, después, en fin, no puedo opinar, no sé, me parece que las cosas se complicaron —imaginaste que dejarías deslizar una sospecha, allí se centraría todo.*

—*Julián era, es y será un loco. Desde que perdió a su familia, dicen que nunca anduvo bien.*

—*No digas eso, Silvia —saltarías a defenderlo— eso no es cierto, con bastante altura se tomó la pérdida de su familia, él siempre fue un buen tipo, aunque nosotros lo conocamos poco, Luisa hablaba muy bien de él.*

—*Bueno, tranquilizate, nadie dice lo contrario. Lo que quise decir, es que Luisa estaba un poco sola. Que le costaba mucho ocuparse de Benjamín, sólo en el último tiempo pareció comprometida con el hijo. Como si lo comenzara a ver por primera vez.*

—*Se le hacía difícil ocuparse de él, además, por más que siempre fue muy tranquilo, no se lo debía dejar mucho tiempo solo. Si no se lo medicaba se volvía agresivo, hacía cosas que lo ponían en riesgo. Es difícil manejar una situación como esa. Benjamín la ataba mucho. Decía que, por suerte, había*

encontrado un buen trabajo, con una remuneración interesante.

Imaginaste que palparías el silencio que haría huellas profundas sobre la cocina, sobre esos azulejos de un color apagado que brillarían sobre la hornalla todavía encendida. Que tomarías mucho café. Que no beberías un solo trago. Que sentirías frío, miedo, ganas de morir.

—No puedo creerlo. Tan joven. ¿No ves?, el alcoholismo termina en eso: locura o muerte, es así, no hay otra. Mirá que siempre somos los mismos en las reuniones, nadie toma conciencia...

—¡Silvia!, no es el momento de pasar este mensaje.

—Bueno, está bien, Gervasio, pero me indigna, hay tantas cosas que podrían evitarse, tanto sufrimiento. Vos lo sabés.

Dejarías que el silencio volviera a hacerse carne en las raíces, en los zócalos, amarías el silencio, añorarías un mínimo bienestar; volverías a golpear la puerta de al lado, para que Luisa, como siempre, te abriese la puerta.

—No sé qué hacer, por eso los llamé, tal vez me puedan ayudar. No sé cómo se procede en un caso como éste, es demasiado terrible, demasiado grave. Saben que ella era mi amiga. Mi vecina. Ustedes entiendan, tengo que preservarme, esto me hace mal, muy mal.

Imaginaste que dirías esto bajando los ojos. Mirando el piso una vez más, desviarías la mirada de la punta de tus zapatos porque la salpicadura del último vómito reluciría contra lo negro del cuero. Ocultarías un pie debajo del otro: harías cosas para ocultar, aunque finalmente, todo se supiera, sin embargo, seguirías el juego, no sabrías cuál, pero seguirías colocando las barajas una a una sobre la mesa sin saber a qué, ni contra quién, deberías jugar.

—¿Hiciste la denuncia?

Moverías la cabeza negativamente.

—Si querés te acompañamos. No habría que dejar pasar mucho tiempo.

—Dejala, no ves lo angustiada que está. Dejemos que se tranquilice, ya veremos, entre los tres, cuál será la mejor manera de ayudar. La verdad es que lo que está pasando es increíble. Increíble.

Aquí dudarías, debías imaginar de qué modo responder, para no levantar sospechas sobre algo que en verdad, vos misma desconocerías.

—Que la haga, la mucama, su amante, qué se yo, la encargada, no yo, no quiero involucrarme, no quiero preguntas. Pensar que todavía está allí. ¿Se dan cuenta lo que estoy viviendo?, era una hermana para mí, di tanto por ella, la quería tanto— dirías, sabiendo que no sería cierto.

—Que te podría suceder, si vos no tenés nada que ver, más que el hecho de vivir en el mismo edificio, en el mismo piso. El hecho de ser, además, su amiga, no te involucra.

Te mirarían en silencio. Sentirías como si ese silencio te persiguiera, como si nadie pudiera arrastrarte lejos de aquello, de lo que no querías llegar a saber, te arrastraría sobre ese olor rancio, sin que alguien, alguna cosa, los detuviera, para que te sacaran de allí.

—Cuando ella se ponía a tocar el piano. Es decir, a destrozarlo, yo sabía que algo andaba mal, tenía que haberme dado cuenta, y no me la di— dejarías correr la última palabra, como para que el silencio quedara sobre la mesa de café y otro continuara en tu lugar. No sabrías por qué ni sobre qué o de quién hablarías. Dirías cosas para demorar, cosas que no te obligarían a decidir, a salir a buscar el cuerpo, a mirarlo, a tener que denunciar que habías sido la última que lo vio con vida, o, tal vez, sugerirías que fue Julián el último en hacerlo para deslindarte, a pesar de que, ayer, hoy, siempre, desearías protegerlo. Pero esto último no lo dirías. Imaginaste que podrías, en cambio decir:

—Tengo muchísima sed.

—Silvia, pero por favor, cómo no nos dimos cuenta antes, fijate si hay gaseosas en la heladera, si no salgo ya mismo a

comparar algo, no debemos dar lugar a una compulsión. Démosle si no hay, un poco de agua con azúcar, rápido. Ya mismo.

Mientras, ellos buscarían; abrirían y cerrarían la heladera, abrirían la puerta del freezer, te darían agua con hielo y azúcar, cuidarían de no despertar en vos, las ganas de beber. Detestarías no estar sola, tendrías sobre la heladera una botella de whisky a medio llenar, la misma que habrías sustraído el día anterior de lo de Luisa: “Mirá Elena, siempre la guardo, porque prefiero que Julián tenga algo de beber en casa y no se vaya a tomar por ahí”. Nadie la vería, estaría detrás de un canasto de frutas, nadie podría llegar a saber que habías pelado por ella, ni que estarías dispuesta a saciar tu sed, hasta la última gota.

—Todos sabíamos de su pasión por la música— diría uno de tus padrinos.

—Sí, pero no sé hasta que punto conocían su sentimiento de fracaso como concertista. Ni de esa pasión que le despertaba, no cualquier música, sino esa música, en particular, ese movimiento, esa nota. No sé, ella tenía algo oculto, oscuro, algo que nunca, ahora, llegaremos a saber.

Estás en el baño. Una vez más. Te lavás la cara. El agua te resbala por los ojos. Frente al espejo hay una mujer, no la reconocés, es un ausencia en medio del espejo, no hay nada que pueda ubicarte en una identidad que no te pertenece. Querés borrar la noche anterior. Lo poco que recordás. Caminás aferrada a la empuñadura de la puerta. De una puerta a la otra puerta. Ahora estás en cocina. La heladera. Sobre la heladera está ese último trago. Siempre hablás del último. No querés pensar. No querés imaginar nada más. Siempre está ella, Luisa. Siempre Luisa. Hablás de ella. Pensás en ella. Sabés que ella está del otro lado. La olés como si pudieras percibir el olor de su piel tanto como a su sangre. Sabés que está todavía allí. Debe estar de nuca contra la pared. Escuchás. Creés escuchar ese mismo

movimiento, el siempre repetido, como si estuviese, más allá de muerta, mordiendo la misma música, la misma, esa única, persistente nota. No querés oír más. Te tapás los oídos. Buscás la botella, ese último trago que repondrá todo lo que le falta a tu desequilibrio. Así. Mejor. El día será lago. Debés componerte rápido. Peinarte. Sacarte el camión. No sabés cómo ni en qué momento te lo pusiste. No te importa. Lo importante es imaginar que cada cosa está, nuevamente en su lugar, que todo te será favorable, que volverás al grupo a la tarde, que alguien te preguntará por tus veinticuatro horas, y dirás, “mis veinticuatro horas, bien, porque, sólo por hoy, no tomé”. Imaginás, porque imaginar te libera:

—Pero, Elena, sabemos lo que la querías, que hubieses hecho por ella cualquier cosa, tal vez a último momento le haya pasado algo y no pudo salir a buscar ayuda.

—Ella por momentos no parecía haberse recuperado bien, no se dejaba ayudar —no, esto no podrían creértelo, todos sabrían de su excelente recuperación y que ella aplicaba uno de los principios fundamentales de Alcohólicos Anónimos: Unidad. Servicio. Recuperación—. Estoy alterada, entiendan— terminarías diciendo.

—Gervasio, no ves que está en estado de shock, debemos ser considerados, está mal, es lógico.

—Tengo que hacer algo, pero no sé por dónde empezar— dirías.

—Si no tenés la llave para entrar, lo mejor será llamar a la policía.

—No. Por favor: Dame un segundo más. Lo primero que hago es hablar con ustedes dos. Entiéndanme. Por favor —imaginaste que contestarías intentando temblar la voz.

Dejarías que el día entrara por la ventana; por el resquicio de la puerta bajaba un aire suspendido y tormentoso, la tormenta se cerniría sobre tu cuello, sobre tu cabeza, sobre tu incomodidad y tu miedo.

—¿Por qué lo hizo? ¿Díganme? ¿Alguien lo sabe? —terminarías

diciendo sin saber por qué lo dirías, o tal vez podrías haber dicho: “necesito un trago”, que sería en verdad tu necesidad más probable.

—Últimamente, Julián, ¿no venía por aquí?

—Él siempre venía por aquí, sobre todo cuando ella estaba mal o se sentía sola. Ayer gritaba. Estaba furiosa, todo el tiempo preguntaba, adónde estaba él, por qué no volvía —imaginaste que esta conversación podría llegar a ser verdad, alguna vez lo había confirmado Palmira.

—Ayer, en definitiva, Julián, ¿estuvo con ella?

—Sí, durante la tarde.

Imaginaste que dirías sólo una parte de lo sucedido. Una parte de esa mínima parte que se vería en la superficie. Lo demás sería subterráneo.

—Yo no quisiera dar a entender nada, pero, bueno, Elena, ¿él no sabrá algo de lo sucedido anoche?

—No —imaginaste que contestarías, un “no” rotundo, que no despertaría dudas.

—Pero podría haber vuelto ¿o no?

—Sí así hubiese sido, creo que yo debía haberlo escuchado.

La puerta del ascensor se oye.

—¡Justamente!, lo que dijiste hace un momento.

—Él ya se había retirado. Él no fue. Lo puedo asegurar —no confesarías que algo podrías, no sin esfuerzo, recordar, aunque vagamente, como por ejemplo, que Julián te había llamado desde su celular ya rumbo a su casa, para que dejaras de espolear con tus demandas, o a Luisa mirando azorada el movimiento, el cruce de palabras, que él te suplicaba, que no era el momento, ni el tiempo de cambiar las cosas, que se arrepentía, que te pedía perdón, que no era el momento. Que volvería más tarde a tu casa para hablar, si así te tranquilizabas. En realidad, recordaste, o imaginaste que esto había sucedido así. Imaginaste, sí, imaginaste que deberías seguir contando, sin interrupción, sin cortes, espontáneamente como te vinieran surgiendo las palabras:

—*Compartimos el mismo palier. Es la parte que más se oye, junto al living y al dormitorio y a un lateral de la cocina, los demás ambientes son una tumba, no se oye nada. En invierno está todo completamente cerrado: las estufas y las salamandras encendidas, apenas alguna ventana abierta para hacer respirar a los vidrios. El ascensor no pasó por este piso. Estoy segura.*

—*No dijiste hace un rato que sí, que te pareció.*

—*Bue... no sé, estoy muy nerviosa, los hechos se me confunden, se superponen, eso es todo.*

—*Sí, por favor, Gervasio, no la pongas más ansiosa de lo que está, puede haber oído algún ruido cómo no, pero acosarla con preguntas, paremos un poco. Veamos: todos sabíamos que él era un tipo no demasiado confiable, no te enojés, disculpame, convengamos que él tenía salidas extrañas, bueno, esperá, eso lo decía al menos, Luisa, lo sabemos por boca de ella misma. Además vos dijiste que él seguía frecuentándola, que muchas veces, esto lo contó también ella, llegaba muy tarde a tocarle el timbre porque estaba con deseos de verla, porque estaba angustiado, en el fondo creo que era como un niño, peor que un niño. Vos los conocías bien ¿o no?*

Y te callarías, y no querías responder, porque responder sería comprometerse, develar el agujero, la parte oscura, lo secreto, la mancha de grasa sobre el vestido, porque vos sabrías que, en un rincón, todavía estaría el cuerpo bañado en el líquido viscoso, quizás en ese momento, reseco. Su sangre. La sangre de la que fuera tu amiga, todavía, estaría allí, pared de por medio. Ahora no sabés de qué lado de la pared estás. Sin embargo sabés de ese cuerpo. “¿Y ahora qué?”, te preguntarías.

—*Pobrecita, se habrá pasado la noche hundida en pesadillas, aterrada, no es para menos. Todo suena tan horrible. Tenemos que hacer algo, ya —imaginaste que la conversación tomaría ese rumbo.*

Cómo les dirías a ellos, que a pesar de todo, pudiste dormir.

Que te fuiste cerrando esa puerta para no ver el líquido viscoso, para no involucrarte, para no verte en la obligación de declarar, ni de contar que ella te había cambiado: ya habías dejado de ser tan importante para ella, eras, en realidad, una amenaza. En su vida, Julián comenzó a ser el más importante, el tímido de Julián, el vulnerable de Julián.

No les dirías que tomaste pildoras para dormir, después de los primeros tragos que bebiste frente a ellos: punzándola a Luisa, diciéndole porqué no tomaba también ella. Ni dirías que tomaste varias copas, porque seguirías disimulando, seguramente continuarías embotada por las pastillas que sumadas a la graduación más alta del whisky que habías ingerido, tendrías, todavía, las vísceras revueltas, aunque nada de lo ingerido podría recortar tu miedo, permanecería fijo, adherido a vos.

—Necesito un trago —supiste que terminarías diciendo a media voz.

—Estás loca. Te ayudaremos, no flaquees. Ahora lo importante es mantener tu sobriedad. Ayer no tomaste, por suerte, por qué habrías de tomar ahora que estamos para ayudarte.

Sería tan fácil. Ellos estarían frente a vos como dos custodios: tu padrino, tu madrina, compañeros del grupo de Santa Eulalia, junto a los que te sentirías ajena, distante, como ayer, como siempre. Ellos volverían a ser esos dos desconocidos, ante los que tratarías de disimular esa sobriedad que habías perdido, a los que le estirarías los dedos sin que temblara la mano. Harías una llamada, y allí estarían Gervasio, Silvia, ambos en tu casa, tomando café y mirándote en forma interrogante. Estarían esperando a que relates los acontecimientos. Lo sucedido. Atinarías a decir:

—No tuve nada que ver.

Imaginaste que a esto, Silvia contestaría:

—Hiciste bien en llamarnos.

—Sí, está muy bien. Contá con nosotros.

—Dale, tomate el café. Tres cabezas pensarán siempre, mejor que una. Ayudemos a buscar la llave, si ayer la tuviste, debe estar por aquí.

—¿No te acordás los movimientos que hiciste al volver?

Imaginaste que esto lo diría Gervasio, lo mejor sería no contestarle que sólo deseabas dormir; tomarte otra copa, aliviar ese nudo en el estómago, no pensar en lo sucedido.

—¿No pensaste que a lo mejor no está muerta?

—Qué disparate. Ella está muerta. Ella la vio. La viste muerta ¿no?, eso me dijiste por el celular. Lo acabas de repetir. Pero, en verdad ¿estás segura? Porque si es así, sin demora, tenemos que hacer la denuncia. Llamar a la policía.

Imaginaste que, seguramente, deberías vomitar todo lo que sabías, intuías, adivinabas, al hacer la denuncia de lo sucedido.

—Yo, en realidad, quisiera contarles algo sobre ella. Sobre ella y Julián.

—¿La viste muerta o no?

—Dejá, no la presiones más.

—Tengo que hablar. Tengo que decir algo. Recordar lo que pasó, eso ayudará, lo sé, pero no puedo, los hechos me confunden —imaginaste que aquí deberías darte tiempo, deberías guardar silencio, que las cosas fueran tomando su curso, porque Julián declararía, tendría que hacerlo, decir aquello que te dijera en algún momento: yo tengo la culpa de todo lo que pasa ahora, no debí dejar que hablaras, Elena, esto nos separará y será para siempre. Luisa no merece nada de lo que estamos haciendo, nada. Me siento doblemente culpable. Debí borrarme hace tiempo, a lo que vos dirías: basta no lo digas más, basta, no quiero escucharte.

—Sí, que hable, le hará bien descargar su angustia.

—No, en realidad no tengo mucho que decir. Me siento como si saliera de una resaca, aunque no tomé, pero bueno, ustedes saben como son estas cosas, en realidad no estoy segura de nada.

Mirarías sobre la heladera, buscando la última botella. Allí estaría, detrás de un lindo canasto de frutas, aparecería como un fantasma contra lo traslúcido del líquido.

—Vos sabés las trampas del alcohol, Elena, ahora debés tratar de aclarar tus ideas, es importante.

Imaginaste que urdir buenas ideas no sería lo que más te afligiría, pronto las llegarías a ordenar, lo que te sería más difícil de fantasear, en cambio, sería cómo hablar de ese coágulo de sangre sobre la alfombra, o cómo contarías que, en verdad, podría tratarse de una pesadilla, o de uno de esos delirios que regalaba el alcohol, esa resaca que anidaba en la lengua, en las sienes, en los porqués sobre los que nunca, nadie, respondería. Imaginaste que dirías:

—Me aflige que nadie sepa que ella está muerta. Al menos podríamos hablar con el padre de Benjamín, que aunque estén divorciados, bien podría dar una mano. Ahora no hay nadie. A Benjamín se lo llevó su tía, la hermana de Luisa, lo vino a buscar, ayer sábado. Lo traería, el lunes, eso dijo.

—¿Tenés el número del padre del chico?

—No.

—Y el chiquito, no habrá visto algo. Bueno, digo, si se fue a la tarde, tal vez...

—No creo que haya visto nada y si vio poco podría aportar, su coeficiente, ustedes saben, es bajo.

—¿Es un chico dawn?

—Tiene un cierto retraso, a veces se nota más, depende mucho de la medicación.

—Cuál es el nombre de la mucama.

—Palmira.

—Y Palmira, ¿no sabrá algo?

—No creo.

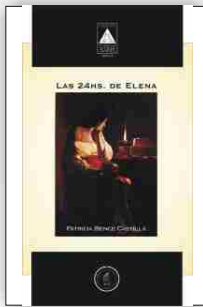
—Cuándo la viste por última vez.

—Ayer. Justamente, en la puerta de calle. Me dijo que esa

tarde se iba a lo de su hermana que vive en la zona sur y que volvería al otro día por la noche, que Julián había estado a media tarde, que no andaban bien, que discutieron. No sé por qué me contó eso. Pero me lo contó.

—¿Y a Julián? ¿No será mejor que lo llames?

(..) CONTINÚA



Si bien esta novela se desarrolla en un mundo oscuro, subterráneo, debido a los estragos del alcoholismo y sus consecuencias sociales, familiares, espirituales en los protagonistas, por otro lado muestra una trama psicológica: la dependencia afectiva, la autosuficiencia, la solidaridad, dentro del triángulo amoroso compuesto por; Elena, Luisa, (una concertista que ve frustrada su carrera a causa del alcohol), y el amor de ambas por Julián. Es Elena la que trata de rescatar a Luisa de su adicción, es decir, de esa carrera desenfrenada hacia la muerte. Trata de ayudarla por ser ella misma una alcohólica recientemente recuperada, pero esta ayuda hace temblar su propia sobriedad, desestabilizada por los celos, por el deseo solidario de estirar su mano tratando de sostener a alguien que sufre.

La novela se va uniendo por capítulos donde los personajes se van entrelazando: los padrinos de Elena: Gervasio y Silvia, el interrogatorio que solo se encuentra en la mente de Elena, los recuerdos sobre los vividos junto a Luisa en sus primeros pasos hacia la recuperación y junto a la "buena de Palmira" una mujer entrada en años que entra al servicio de la señora Luisa y de su hijo discapacitado. Elena imagina la intervención del comisario de la comisaría 17ava, lugar donde la protagonista entiende que debería asentar la denuncia del presunto suicidio de Lucía.

La historia desde la primera página se mantiene en suspenso:

¿Luisa se suicida?, alguien la mató, ¿quién?

